


LAURA TÁRRAGA

EL IMPERIO DEL SUEÑO



 NOCTURNA
EDICIONES



© de la obra: Laura Tárraga, 2018

© de las ilustraciones del final: Cecilia García, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna: mayo de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*


Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-42-2

Depósito Legal: M-11305-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



*A todas las soñadoras que sobreviven a sus pesadillas.
No estáis solas.*

Por voluntad de la autora,
el anticipo de esta obra se ha donado
a la asociación ACOVIFA, contra la
violencia de género y familiar.



ACOVIFA

Asociación Contra la Violencia de Género
y Familiar Alcoy y Comarcas.

*Si temo
mis imaginaciones,
no es porque vengan de mi fantasía,
sino de la memoria.*

*Si me asusta
la muerte,
no es porque la presentia:
es porque la recuerdo.*

ÁNGEL GONZÁLEZ:
Palabra sobre palabra



1

Shoana se despertó de aquel sueño como siempre que conseguía uno de los económicos: con el artificial regusto a zumo de naranja de envase que trataba de camuflar su insipidez. Sabía de sobra que aquel tío no era de fiar y, aun así, siempre acababa adquiriendo la mercancía en su local. Era preferible a una noche vacía.

Sacudió la cabeza y se dirigió hacia el armario de la angosta habitación. Bueno, si es que a eso se le podía llamar *armario*. Siempre apilaba la escasa ropa que tenía en unos tablones que había colgado ella misma y que utilizaba también para los botes de conservas. Escogió una de las tantas camisetas de tirantes negras que tenía y unas mallas del mismo color y las dejó en la cama, que estaba dispuesta junto al fogón de butano, lo que a veces le provocaba fuertes jaquecas. Después agarró la toalla de mano de debajo del fregadero, metió la cabeza bajo el chorro helado y se lavó la corta cabellera con el mismo jabón en pastilla que usaba para los cacharros de cocina y la ropa.

Cuando alzó la cabeza, se vio reflejada en el espejo diminuto que había sobre la pared: tras el agua gélida, su piel estaba rosácea y los ojos algo menos hinchados que al despertar. Se peinó con los dedos, aplastándose el pelo contra el cráneo. Que se peinara como un chico solía confundir a quienes no la conocían, pero ya se había habituado y no le preocupaban las impresiones ajenas. Tenía otras inquietudes en mente.

Alargó la mano hacia su cama para agarrar la ropa. Escogía aquel color no sólo porque fuera más barato de encontrar, sino porque disimulaba los huesos que se le marcaban en la piel. Su excesiva delgadez se debía a los precarios hábitos alimenticios que podía permitirse. Siempre se había sentido acomplejada por su cuerpo, tan delgado que aparentaba ir a romperse con sólo un vendaval o un abrazo, y por eso procuraba estar desnuda el menor tiempo posible. Se calzó las incómodas botas de plástico, escondió en ellas su navaja y se puso su viejo gorro de lana azul marino.

Aunque aquella prenda era del todo innecesaria con el sofocante calor que reinaba, también era lo único que había podido conservar de su madre tras su muerte prematura. Bueno, eso y el viejo clavo junto la puerta, en cierto modo, pues antes había sujetado un bonito marco con una foto suya. Ahora sólo servía para soportar el peso de las llaves de ese cuchitril al que a veces se resistía a llamar hogar.

Por unos instantes, se limitó a observar en silencio la otra puerta de la vivienda. Luego sacudió la cabeza, agarró las llaves y salió del apartamento haciendo el menor ruido posible.

El calor asfixiante de la ciudad le azotó al traspasar la entrada del edificio. Llevaba viviendo allí toda su vida y seguía sin acostumbrarse a que las temperaturas subieran de un día para otro y la humedad le bañara la frente en sudor de manera incesante. Siempre se había imaginado viviendo en un lugar más fresco, donde la lluvia no estuviera programada para caer torrencialmente a cierta hora del día y donde no tuviera que correr a resguardarse para que los sueños que había conseguido no se disolvieran. El sol le abofeteó en la cara y tuvo que entrecerrar los ojos, aturrida. Apretó los puños y se obligó a caminar por las descuidadas calles de su barrio suburbano. El viejo Pit vivía al final de la avenida, por lo que no necesitaba dar grandes caminatas para encontrarse con su jefe.

Día tras día fantaseaba con que brotaban más edificios de la nada y le tapaban la intensa luz de la mañana. La mayoría de los habitantes —al menos de los que podían costearse un lugar en el que vivir— había construido sus casas con lo que iban adquiriendo a lo largo de los años. La decoración se basaba en imaginación y latas de cerveza vacías, ventanas compuestas por pedazos de vidrios que encajaban a duras penas y planchas de plástico duro.

Shoana dejó atrás una casa cuyo techo era una chapa de metal y agachó la cabeza al pasar junto a un sintecho que hablaba en sueños. Siempre le perturbaba el ambiente hostil de su barrio. Pese a ello, era consciente de que su aspecto encajaba a la perfección con esa sordidez, pues muchos la veían como a una

criminal no sólo por su físico y su vestimenta, sino por su forma de caminar, cuadrando los hombros y dando desafiantes zancadas. El hecho de que aún le quedaran unos meses para alcanzar los dieciocho años era un motivo más para esforzarse por dejar claro que no se andaba con tonterías. Y menos cuando atañía al viejo Pit.

Las calles apestaban, como de costumbre, a desidia. Los equipos de limpieza ni se molestaban en llegar allí a pesar de que la comunicación con el resto de la ciudad era decente y las carreteras no estaban tan mal como alegaban. Shoana sólo recordaba haberlos visto aparecer en una ocasión, cuando iba a tercero de primaria. Conocía a los chavales que se habían dedicado a burlarse de los funcionarios y a robar aquellos equipos tan modernos. Desde entonces, el Gobierno no había enviado a nadie más.

Se había criado en esas mismas calles, aunque antes residía en una casa más acomodada. Por humilde que fuera el distrito, el estatus social seguía importando y un tropiezo podía cambiar el destino de toda una familia. Y con la muerte de su madre se había topado con una roca imposible de mover.

No quiso recordar más cosas que pudieran sumirla en la melancolía y se forzó a caminar con más premura. Distráida, se palpó con cuidado el diminuto bolsillo interior que se había cosido en las mallas para llevar el material oculto y sonrió al notar la cápsula. Zarandó sutilmente también la bota para asegurarse de que la navaja seguía en su lugar.

Se detuvo en el cruce de la calle principal y contempló el bullicio que empezaba a originarse allí. Parecía que todo lo que ocurría en su barrio fuera invisible para los que vivían por encima de la Zona Baja. La carretera cambiaba de color conforme ascendía por la pendiente que lo separaba del resto del mundo.

Miró a ambos lados de la calzada y cruzó con rapidez.

Un grupo de muchachas uniformadas se acercaba hacia ella. Aunque sabía muy bien quiénes eran, no apartó la mirada, consciente de que ese gesto les incomodaría. Todas esas jóvenes tenían más o menos su edad, si bien las diferenciaba una cosa: ellas habían conseguido un puesto en la Fábrica de Sueños a Granel.

Las dejó pasar sin concederles tregua con su mirada fulminante. La mayoría de los residentes del barrio eran mujeres que acababan trabajando en el mismo lugar al que estas se dirigían, pero ella, a causa de su pasado, había tenido que continuar su vida de forma muy diferente.

Las chicas prosiguieron su camino apartando con timidez la vista de ella. Tan sólo una, la que había sido su confidente y mejor amiga, le sostuvo la mirada. Y Shoana podría haber jurado que su semblante transmitía el mismo desprecio que sentía ella.

Apretó los puños con tanta fuerza que se marcó las uñas en la palma de la mano. Luego se mordió la lengua y continuó su camino mientras aquellas chicas se dirigían a un trabajo justo y bien pagado al que ella jamás podría aspirar.

—¿Estás de coña? ¿Cinco *droulds* por este sueño?

—Pequeña, ¿lo has visto bien? Ni siquiera dura más de dos horas, es un sueño normal. Sabes cuál es el rango de precios.

El viejo Pit se reclinó en su cómoda silla de terciopelo granate y apoyó las rechonchas manos en su tripa. Miraba a Shoana con picardía y una sonrisita en los labios. Él mandaba. Iba a pagarle lo que quisiera. No podía hacer otra cosa que resignarse.

—¡Pero es un sueño de fantasía! Los sueños de fantasía no son normales. —Ella se cruzó de brazos.

El viejo Pit volvió a coger la píldora. Su color lila demostraba lo que ella decía: sueño fantástico. Sin embargo, su código de barras le revelaba el resto de datos, a pesar de que él no lo hubiera podido probar.

—Veamos... Repasemos la lista —dijo el jefe, alzando una de sus manazas en forma de puño sin dejar de observar la pantalla del ordenador con los datos recién escaneados. Levantó el dedo índice—. Duración: dos horas —alzó el dedo corazón—; temática: fantástica —por último, elevó el dedo anular, en el que se apreciaba con claridad la marca que había dejado su antigua alianza de bodas—; origen: robado.

Aquello hizo que en su rostro se pronunciara aún más su maliciosa sonrisa. Shoana sabía que los sueños robados rebajaban su valor; aun así, no creía que costara cinco míseros *droulds*.

—Uno de tres —concluyó el hombre—. Sueño normal, cinco *droulds*.

La muchacha reprimió el gruñido que le nacía desde la garganta; conocía bien a aquel tipo y sabía que, si refunfuñaba más de la cuenta, ni siquiera vería el dinero.

—¿Lo tomas o le das de comer a tu familia con sueños? —El viejo Pit la miraba divertido. La tenía en su poder.

Él ganaba.

Siempre lo hacía.

Ella alargó la palma de la mano en señal de aceptación. El hombre soltó una grave risotada y abrió el cajón de su escritorio. Extrajo el billete de cinco *droulds* y se lo tendió.

En cuanto Shoana lo tuvo en la mano, lo arrugó y se lo guardó con rapidez en el bolsillo interior de las mallas. Le lanzó una mirada de odio al hombre y se giró con la intención de largarse de aquel cuchitril que apestaba a cigarrillos baratos.

Nada más alcanzar la cortina de cuentas que separaba el despacho del resto del local, el matón personal del viejo Pit la detuvo en seco. El tipo —que se asemejaba a un armario empotrado— alzó su mentón en dirección al escritorio del jefe. Shoana puso los ojos en blanco y se obligó a darse la vuelta.

—En cuanto tengas algo nuevo, ya sabes dónde estoy —le soltó mientras encendía uno de sus cigarrillos.

No era una novedad que, pese a su aparente indiferencia, en realidad estuviera interesado en obtener sueños. Al igual que Shoana, no podía soñar. Casi nadie lo hacía. La humanidad se había convertido en mentes vacías que por las noches no reproducían nada más que oscuridad. Y, por ese motivo, todo el mundo buscaba sueños.

No era un negocio limpio. Muchos de los que acudían a comprar los mejores sueños tenían un estatus elevado, de modo que los habitantes de la Zona Baja, como Shoana, sólo podían permitirse los corrientes en la tienda más conocida del distrito: la del viejo Pit.

Sin embargo, el efecto de los sueños no siempre era positivo. El abuelo de Shoana hacía años que no podía dormir sin soñar: para él, su vida había terminado con la muerte de su mujer. En la mayoría de sueños siempre aparecía ella y, cuando el amanecer le devolvía a la realidad, todo le resultaba doloroso. Por eso años atrás se había sumido en una especie de trance del que su nieta no sabía sacarle. Y Shoana mantenía una lucha interior. Se sentía culpable por lo que le ocurría a su abuelo y no podía apartarle de su adicción, ya que, a fin de cuentas, era lo que le daba de comer.

Los pocos soñadores que quedaban podían decidir si vender o no sus sueños. Por supuesto, eso significaba que también podían intercambiarlos por dinero, bienes o servicios. Muchos de los soñadores, en especial los que habían empezado desde la infancia a comerciar con sus sueños, ahora eran auténticas celebridades, las figuras más relevantes. Al fin y al cabo, ¿quién necesitaba artistas del tipo que fueran si se podía soñar con ellos?

Era casi imposible conseguir uno de esos sueños. Siempre se vendían al mejor postor y muchos tan sólo duraban un par de horas a la venta.

Si pensaba en el mejor sueño del que había disfrutado, a Shoana sólo le venía a la mente uno algo difuso en el que aparecía

su madre. Ella jamás se hubiera podido permitir uno de ese calibre, y la mera idea le hizo salir a zancadas del local con un portazo tan sonoro que bien podría haber hecho temblar las rebosantes vitrinas.

2

El problema que atenazaba a Leiza era más que grave. Si continuaba con aquella mala racha, su vida iba a irse al traste. No sabía hacer otra cosa, llevaba una eternidad en aquel negocio. Lo era todo en su vida. ¿Qué podía hacer si no?

Era una inútil en otros aspectos cotidianos. Desde pequeña no había tenido que preocuparse por nada: llevaba una vida de soñadora perfecta. Toda su familia lo había sido y no había oído que se hubiera saltado ninguna generación. En fin, tampoco le había preocupado nunca esa posibilidad...

De manera que ¿qué le iba a decir en cuanto llegara? ¿Que no había soñado nada? ¡Venga ya! ¡Aquello era imposible! Al menos, para ella.

Pero, por lo visto, sí que era posible.

Esa era la primera vez que no soñaba. Y era un auténtico desastre. Sus sueños eran unos de los mejores pagados en el mundo, y

hasta había logrado vender hasta sus pesadillas. La gente se moría por sus sueños célebres. Eran increíbles, únicos, largos y relajantes. Con los sueños de Leiza podías despertar como si acabaras de nacer, todas tus preocupaciones se disolvían en la noche. Nada importaba, salvo lo que ocurría en tu mente.

Y ahora mismo su mente era un hervidero de caos. Lo había intentado todo: había dormido en el sofá, en la cama, en el coche, en el jet privado, en el colchón de agua, en el saco de dormir... Y ya comenzaba a cansarse de dormir. Se había quedado sin somníferos y, cada vez que intentaba conciliar el sueño, un montón de preocupaciones le oprimían el pecho. Notaba los latidos del corazón en las sienes y las manos empapadas en sudor.

Se obligó a sentarse sobre el mullido sofá de cuero y a mover los brazos al compás de su respiración. Alzaba los brazos hasta que sus dedos se rozaban en el aire al inspirar y los dejaba descender al espirar. Repitió el ejercicio varias veces con los ojos cerrados hasta que el sonido del teléfono le sobresaltó.

Al leer el nombre sobre la pantalla, lanzó el aparato contra el sofá e intentó ahogarlo con uno de los cojines decorativos. Se arrodilló sobre la tapicería e hizo fuerza con los brazos.

—Si no lo oyes, no sabes que te ha llamado —intentó convencerse en susurros.

Los largos rizos rubios le caían sobre los hombros y rozaban el cojín de diseño. Se aplastó uno de los tirabuzones con la mano y lo ignoró, todo con tal de no reconocer en voz alta lo que le ocurría.

Aquello era ridículo, jamás se había comportado así. Aunque también era cierto que nunca antes se había despertado sin un solo sueño. El pánico estaba adueñándose de su cuerpo.

Temblaba de pies a cabeza, hasta podía escuchar cómo le castañeteaban los dientes.

El teléfono dejó de sonar.

Relajó los músculos y volvió a sentarse en el sofá. Expulsó aire por los labios y movió los hombros para intentar relajarlos.

No podía evitar a Bodo para siempre. Tarde o temprano acabaría apareciendo en su casa en busca del sueño que *no* había tenido.

El teléfono volvió a sonar, aunque en aquella ocasión se trataba de un tono más breve; un mensaje.

Leiza cerró los ojos y apartó con los dedos índice y pulgar el cojín. Entreabrió tan sólo uno para echar un vistazo al remitente del mensaje.

Cómo no, era Bodo Bohím. Su representante.

Se levantó y se dirigió hacia la impoluta cocina, donde se sirvió un té con limón e intentó hojear una revista. Al cabo de unos segundos, la presión pudo con ella y regresó a por su móvil.

Abrió el mensaje y una figura en tres dimensiones se presentó ante ella. La extravagante vestimenta de Bodo era lo primero en lo que inevitablemente se fijaba siempre. En aquella ocasión llevaba un pantalón ceñido gris, un chaleco de lentejuelas verdes y un sombrero a juego, del mismo tono aunque sin tantos brillos.

—¡Cielo! Espero que estés durmiendo; si no, no te lo perdono.
—Bodo era muy expresivo con las manos, no dejaba de zarandearlas en el aire a la par que hablaba—. Hoy no podré pasarme por tu apartamento hasta más tarde, espero que no te importe guardarme el sueño. —Soltó una fuerte carcajada mientras retorció la mitad de su cuerpo—. Nos vemos esta noche, no olvides que tienes hora con el estilista a las ocho. ¡Vamos a arrasar en este *Imperio!* ¡Te quiero!

Miró su reloj; ya había pasado el mediodía, lo que significaba que tenía poco tiempo para conseguir un sueño espectacular o estaría acabada.

Aquello era mil veces peor que las pesadillas horribles que había conseguido vender a precios desorbitados. En esas ocasiones lo había pasado mal, pero siempre sabía que aquello no era real, a diferencia de sus compradores, que jamás habían conseguido un sueño propio sin pagar por él. Ella distinguía la realidad de la ficción que se originaba en su cabeza; además, las agudas jaquecas que sentía al despertar lo confirmaban todo.

Por eso estaba muy segura de que eso no era una.

Y si al final resultaba serlo, no le cabía duda de que iba a forrarse con ella.

Se pasó horas frente al ordenador buscando los mejores almacenes de sueños. Observó que los más caros ya habían salido a la venta y se habían agotado, mientras que otros se reservaban para

la ceremonia de aquella noche, en la que la propia Leiza debía aparecer con uno de los suyos. El acontecimiento más importante del año se acercaba y ella no tenía nada preparado para una de las galas previas.

Estaba perdida. No podía comprar un sueño célebre y hacerlo pasar por propio, aquello era denunciabile. Y eso sin contar que ya estarían registrados. No estaba dispuesta a que su carrera se fuera al traste por un mal día.

Necesitaba ayuda y, aunque le fuera a dar un disgusto, era consciente de que la única persona que podía ayudarla era Bodo Bohím. Su carrera era paralela a la de Leiza, una amenaza que significaba que tenía que ayudarla costara lo que costase.

Agarró su móvil, adornado con un extravagante diseño de pedrería, y le escribió un breve mensaje.

Bodo no tardó ni cinco segundos en llamarla.

—No te preocupes, cielo. Lo arreglaremos.

—¿Cómo?

—Voy a mandar un comunicado de prensa: esta noche no aparecerás en la gala del *Imperio*. Voy a cancelar todas tus citas y nos reuniremos en una hora en la puerta de tu edificio.

Leiza no preguntó nada más, dejó que su representante colgara y fue a despejarse con una ducha helada. Aquel día, pensó, iba a ser eterno.

3

Los titulares parecían arder. En todas las cadenas de televisión, radio y prensa se decía lo mismo. Shoana no sabía si le hacía gracia o si debía preocuparse.

No, preocuparse no; tenía cosas más importantes en las que pensar. Había decidido darse una vuelta por algunos de los locales que en ocasiones le conseguían una calidad aceptable a buen precio, pero aquello ocurría cada cierto tiempo. Y ella necesitaba dinero rápido.

Regentado por una mujer, la Guarida del Halcón era uno de sus sitios preferidos. Como no era la primera vez que se dejaba caer por aquellos lares, los hombres que custodiaban la puerta la miraron con recelo.

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí... —Aquello sonaba como una pregunta. Shoana puso los ojos en blanco—. El Pequeño Puma ha vuelto.

El hombre que la llamaba así se apodaba StanK, una especie de broma entre su verdadero nombre —Stan— y el lugar en el

que se había criado —el Estanque de los Olmos, un viejo *camping* a las afueras de la ciudad—. Ella lo consideraba un apodo adecuado, dado que no había nadie tan maloliente ni sucio en todo el local. Por el contrario, el mote de Shoana se debía a una herencia familiar. A su abuelo lo habían conocido como el Puma durante su juventud y esa reputación pasó a ella en cuanto su carácter empezó a evidenciarse. No obstante, los zonabajeros siempre se habían reído de su complexión física y añadirle la palabra «pequeño» delante era una forma más de recordárselo con frecuencia.

—¿Está Halcón? —espetó a quien custodiaba la puerta. Tuvo que reprimir las ganas de sacar la navaja y amenazarle con ella.

—Es posible... —StanK formó media sonrisa, que intentaba ser pícaro pero se tornaba repulsiva por cómo la miraba—. ¿Qué buscas?

—Té y pastas, no te jode.

El resto de hombres que se encontraban junto a StanK se rieron a carcajadas por su contestación. Les encantaba verla rabiar y, para no caer en su juego, Shoana intentaba mantenerse todo lo serena posible, aunque a veces no podía evitar perder los nervios.

A StanK no pareció hacerle la misma gracia que al resto su comentario. Se puso serio, adoptando una postura amenazante enfatizada por la cicatriz que le ensombrecía el pómulos derecho.

—Creo que está reunida. Pásate otro día. —Alzó una de sus manazas y la zarandó en el aire para que Shoana se fuera.

Ella se puso en jarras y se le encaró, pese a que lo que iba a decir no iba dirigido a él:

—¡HELENA! ¡TU GORILA NO ME DEJA PASAR!

Acto seguido, sonrió de oreja a oreja mientras StanK entrecebraba los ojos. Aunque el Halcón fuera una de las mejores traficantes de sueños, había algo que no soportaba: que los hombres mandasen sobre las mujeres. Y menos si se trataba de mujeres con las que había negociado a menudo.

StanK se convulsionó súbitamente y Shoana supo que había recibido la descarga de aviso. Una de las condiciones que el Halcón ponía para trabajar con ella era que sus secuaces llevaran encima, conectado a la piel, un pequeño dispositivo que podía proporcionar descargas eléctricas.

El gorila gruñó, pero se apartó sin pronunciar una palabra más, dejándole vía libre.

La Guarida del Halcón no se parecía en nada al local del viejo Pit. Este último se preocupaba demasiado por sus sueños y los mantenía organizados en múltiples estantes cerrados bajo llave. La Guarida del Halcón era un cúmulo de cajas de cartón en las que se podía leer la palabra «frágil», con una iluminación sombría. También era cierto que el viejo Pit vendía directamente al público, mientras que Halcón se encargaba de proveer, por lo que la imagen que se llevase su comprador le era muy indiferente. Si el producto era bueno —y siempre tenía la certeza de que lo era—, el comprador regresaría.

El Halcón —o Helena, como la llamaba ella— se encontraba rebuscando en una de las cajas. Debido a su baja estatura, se la veía casi sumergida de cintura para arriba en el interior del cartón.

—Ese inútil de Stan acabará conmigo —refunfuñaba, agitando sus cortas piernas entre un tintineo de objetos metálicos. Parecía estar haciendo el pino.

—¿Te pillo en mal momento?

Shoana alzó una ceja, curiosa sobre por qué la traficante más temida de toda la ciudad estaba dentro de una caja.

—Incompetentes. Desorganizados. Les dije que lo quería en una caja aparte y bien señalada... ¿Y con qué me encuentro?

Finalmente, Halcón se impulsó desde el interior y salió por completo. La mujer llevaba su corta melena plateada recogida en una coleta y se había quitado las gafas —o quizá las había perdido en la caja—. Vestía un ajustado pantalón rojo y una camiseta de tirantes gris, y sonreía con aire triunfal mientras admiraba la caja metálica que sostenía entre las manos.

—Me ha llegado esta mañana temprano, hacía mucho que iba detrás de uno de estos —dijo, acercándose a Shoana, quien aguardaba impaciente (aunque no lo aparentara) a enterarse de qué hablaba. Era obvio que se trataba de un sueño, pero, si hacía tiempo que el Halcón andaba detrás de uno en concreto, significaba que era un sueño célebre.

De sólo pensar en la cantidad de comida que podría adquirir si vendiera uno de esos a un buen precio, le rugió el estómago.

—¿De quién es?

El Halcón sonrió sin apartar la mirada de la caja metálica y le dio la vuelta para que leyera el nombre que destacaba en uno de los laterales.

—¡No puede ser!

—Lo es.

—Pero ¿cómo?

—Contactos, Pequeño Puma.

Shoana hizo un esfuerzo por mantener la boca cerrada. No cabía en su asombro. Tenía delante un sueño de una de las principales soñadoras del momento.

—¿Cuánto quieres? —preguntó sin pensarlo siquiera.

Sabía que se saldría de sus posibilidades, pero la curiosidad le pudo. Halcón abrió la cajita para que viera su color negro. Aquello no era un sueño, sino una pesadilla. Casi podía imaginar el sabor a regaliz que decían que dejaba en el paladar tras ingerirlo. Las pesadillas eran difíciles de vender, pero, teniendo en cuenta la identidad de su soñadora, sería pan comido. Se imaginó que no iba a ser barato.

—Por ser tú, quinientos *droulds*.

Se le heló la sangre y el corazón dejó de palparle por un instante. Si tuviera quinientos *droulds*, no se encontraría en aquel cuchitril.

—Lo sé, duele. Pero piensa que podrías venderlo, como mínimo, por mil quinientos. Se acabaría gran parte de tus preocupaciones.

Halcón estaba en lo cierto, ese dinero le vendría de maravilla, pero no podía hacerse con quinientos *droulds* ni en broma.

Shoana negó con la cabeza, renunciando a la pesadilla de Dagmar.

—¿Qué más tienes?

Helena agachó la cabeza con pesadumbre, haciendo su ocasional teatrillo que siempre provocaba que a Shoana se le hundiera el mundo. Aquella mujer podía hacerle sentir fatal por no venderle lo que quisiera, y ahora le daba a entender que estaba dejando pasar una buena oferta. Shoana lo sabía, pero tenía otras prioridades que no podría cubrir si se pasaba la semana consiguiendo *droulds* para ese único sueño.

—Los típicos sueños, ya sabes: jornadas laborales, tareas cotidianas, duración mínima...

Shoana empezaba a perder la paciencia.

—Sé que tienes algo mejor.

—Te acabo de mostrar lo mejor de lo mejor. ¿Cuándo vas a tener la oportunidad de encontrarte con un sueño célebre que no sea de Guëlle?

Los sueños de esa celebridad eran pésimos, casi peores que los que salían de la Fábrica de Sueños a Granel. No todos los soñadores contaban con una gran imaginación y sueños increíbles capaces de hacerte reflexionar todo el día. También existían soñadores como Guëlle que tenían sueños aburridos, comunes y, además, de larga duración. Era como asistir a una clase de siete horas de algo tedioso. Un desastre. Aun así, se pagaban mejor que los sueños comunes.

—Sabes que no puedo darte esa cantidad. —Se puso seria—. ¿No tienes ningún sueño aceptable?

Halcón se resignó y guardó la caja metálica en el bolsillo trasero de su pantalón. Después le hizo una señal con la mano para

que la siguiera. Se abrió paso apartando las enormes pilas de cartón que amontonaba hasta que las vendía. Y Helena era capaz de vaciar su local en un solo día.

—¿Cuánto tienes encima?

—Ocho *droulds*.

Shoana se palpó de forma involuntaria el muslo en el que se hallaba el bolsillo cosido a mano. Acababa de conseguir cinco del viejo Pit, más los tres que llevaba siempre encima por si las moscas.

Escuchó resoplar a Halcón en su búsqueda.

—Sabes que un sueño aceptable cuesta diez, ¿verdad? —dijo al detenerse ante una caja sellada con cinta aislante.

La mujer sacó una pequeña navaja con la que rasgó el precinto.

—Primero enséñame el producto. Luego hablamos de precios.

Halcón dejó la caja abierta para que Shoana examinara el interior. Se agachó y comenzó a inspeccionar con minuciosidad cada una de las cajitas metálicas, con sus descripciones, códigos de barras y orígenes. Los que provenían de más lejos eran más caros de importar, por lo que se vendían a mayor precio. Los robados los fue descartando porque no estaba dispuesta a que el viejo Pit volviera a timarla.

Anduvo en busca del perfecto, con una duración aceptable, una temática aceptable y un origen no robado.

—¿A cuánto me dejas este? —inquirió al encontrar uno que reunía todos sus requisitos.

—¿Ciencia ficción? Casi regalado. Son difíciles de vender. La ciencia ficción ya no está de moda...

Halcón inició su característica perorata sobre los precios y las modas. Quería convencer a Shoana de que el precio, fuera cual fuese, iba a ser más barato de lo que debería. Aunque ella ya conocía todos los aspectos importantes de la venta y las modas. Sabía que la ciencia ficción estaba en decadencia, pero también que la gente prefería eso a no soñar.

—..., así que nada..., creo yo que por ocho *droulds* es tuyo.

—Te doy cinco.

Helena se rió y se frotó las manos. Adoraba que Shoana tratase de regatear.

—Siete *droulds* y cincuenta *shecks*.

Ahora era Shoana quien tenía ganas de reírse.

—Cinco *droulds* y cien *shecks*.

—Siete *droulds*.

Shoana sabía que a Helena le quedaba poco para llegar a la cifra que ella quería en realidad, así que presionó por última vez.

—Seis *droulds*, y aun así dejaré de ganar dinero. Como tú misma has dicho, la ciencia ficción es difícil de vender. ¿Quién más estaría dispuesto a comprarte esto?

Alzó la mano, dispuesta a cerrar el trato. Halcón enarcó una ceja y la miró con seriedad de arriba abajo. Shoana estaba a punto de darse por vencida y acabar teniendo que volver por donde había venido cuando, por fin, Helena suspiró, levantó la mano y se la apretó con fuerza para cerrar la venta.

—Bien hecho, Pequeño Puma.

—Aprendí de la mejor.

Luego soltó la mano de la traficante y agarró con fuerza la cajita, que era lo bastante grande como para que no cupiese en su bolsillo casero. Por suerte, no tendría que caminar demasiado hasta el antro del viejo Pit.

SIGUE LEYENDO

EL IMPERIO DEL SUEÑO

Laura Tárraga



ISBN: 978-84-16858-42-2 | PVP: 15,00 € | A la venta: 21-5-2018

 NOCTURNA
EDICIONES